

LA EXQUISITA RESURRECCIÓN DE FERNANDO VELA

VELA, Fernando: *Ensayos*, prólogo de Eduardo Creus Visires. Madrid: Fundación Banco Santander, 2010, 329 p.

ELVIRA BOBO CABEZAS

C apaz de llegar a la médula de las cosas, de los aconteceres, de las esencias, desde cualquier ángulo de tiro. Por los vericuetos de la actualidad o incluso de la anécdota aparentemente banal o casual. Con cualquier excusa se apresura Fernando Vela (Oviedo, 1888- Llanes, 1966) a disparar siempre a la diana. Radicalmente vigente hasta parecer profético. Imperdonablemente olvidado, como tantos otros de los nuestros. A veces eclipsado bajo el imponente palio de Ortega, otras voluntariamente humilde y escondido. Pero siempre laborioso, fecundo y certero. Fue uno de los grandes de nuestra Edad de Plata, hoy es rescatado en una exquisita antología de sus mejores y más significativos trabajos seleccionados y prologados por el profesor Eduardo Creus para quien Vela es uno de los damnificados de la desmemoria de este país. Creus, resucitando esos textos, ha querido introducirnos en las distintas facetas que conforman el infinito caleidoscopio de don Fernando.

Anda la Fundación Banco Santander resucitando las plumas de peso que nuestra historia de las letras y del pensar se ha dejado por el camino en una colección titulada "Obra Fundamental". En ese elenco de olvidados, a Creus se le antoja imprescindible la apuesta por Vela,

por don Fernando, por el secretario de la *Revista de Occidente*, por el fiel amigo de Ortega, por el hombre de mente lúcida, de prosa elegante y de intuición afilada, por el cosmopolita, el políglota, el esteta. Y así ha levantado esta antología (*Ensayos*) del hombre que desde su incansable máquina de escribir se ocupa del cine, de los existencialismos, de las costumbres cotidianas, de la técnica y sus desmanes, de qué sea aquello llamado poesía o de retratar en pocas pinceladas a Clarín. Vela pasea de Baroja a Nietzsche, recorre a Pirandello o a Goethe, especula sobre los modos de hablar y la cortesía, rescata a Charlot o titula "El alma, esa porquería" un agudísimo ensayo en que manda al di-ván al mismísimo Freud. O nos empapa del cine, de esa nueva forma de acceso a lo real, de ese nuevo lenguaje, nueva estética que le fascinaba, enjaretando en pocos párrafos una meditación antropológica sobre la idea del hombre, sobre su propia caricatura. En el paso de la chimenea a la calefacción, encuentra Vela la muerte de los cuentos a la luz de la lumbre. Su vena de biógrafo aparece también en esta recopilación en la recreación de "Un día de Jovellanos en Gijón" o "Un día de Clarín en Oviedo". Y, desde luego y sobre todo, evoca a su Ortega, a quien es preciso saberle ligar y desligar. Vela rescata eso tan olvidado, tan decisivo de la filosofía, tan orteguiano: el palpito y el valor del pensar. Es el hijo perfecto de Ortega, el que entiende que la filosofía del maestro no pretendía un sistema, el que ha visto parir al ma-

Cómo citar este artículo:

Bobo Cabezas, E. (2012). La exquisita resurrección de Fernando Vela. Reseña de "Ensayos" de Fernando Vela. *Revista de Estudios Orteguianos*, (24), 223-225. <https://doi.org/10.63487/reo.459>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 24. 2012
mayo-octubre



drileño las ideas que asombrarían a sus coetáneos. Un Ortega cuya muerte fue para Vela “ese quedarse solo, vivido de veras” porque, escribe, “yo no puedo soportar la idea de que aquella cabeza ya no piensa”.

Sabía Vela –periodista, filósofo y viceversa– que eso de escribir al día le impedía profundizar en los temas, lamentaba la velocidad con la que había de trabajar, casi siempre adscrito al ritmo frenético de los diarios. Decía que todos los días desperdiciaba un tema, pero esos temas eran “desperdiciados” con una resolución de microscopio, con sutileza, con elegancia, siempre cortés para sus lectores. Confesaba que muchas veces ofrecía “sólo un relámpago primero, un apunte”. Nuestro autor, que adoraba el periodismo, sentía que el escribir al día asesinaba los temas y no le permitía entrar en su esencia. Esa esencia buscan y encuentran sus ensayos. Y a ese Vela liberal, ilustrado, educador, prudente y desgraciadamente olvidado llega Eduardo Creus, editor de la impecable y exquisita antología y autor del minucioso y profundo prólogo del tomo que nos ocupa.

Vela, periodista, escritor de artículos, que como bien apunta Eugenio d’Ors “escribe por ensayos” –añadimos, como el que canta por bulerías–, queda perfectamente retratado en este volumen. Y no era fácil escoger. Quien conozca la obra de Vela sabrá de su faceta como biógrafo de Mozart o Tayllerland, sabrá de su incansable actividad periodística, sabrá que don Fernando fue un gran traductor del alemán, del francés, del inglés y que su espectro de intereses era un gran angular, aunque su capacidad

de acercamiento llegaba a la precisión de una mira telescópica. Pues, ¿qué Vela rescata Creus? El periodista, el biógrafo, el filósofo, el intelectual, el que tomaba el pulso certero a la sociedad, a la política, a la cultura a lo largo de treinta y nueve textos que pasean el cine, la política, la filosofía, la historia, el teatro y se mezclan en una selección que da muestra de la prolífica actividad literaria y periodística de Vela, así como de su efervescente curiosidad y gran estilo. Todos ellos han sido rescatados de sus publicaciones periodísticas y de obras como “El grano de pimienta”, “Circunstancias”, “El arte al cubo” o “El futuro imperfecto”.

Cualquier tema es ocasión para hincarle el diente a los recovecos del existir que quizá se escapan cuando los textos son excesivamente académicos. La naturalidad de su pensar resulta pasmosa y va de la mano de una prosa limpia, carente de florilegios, compleja de matices pero siempre clara. Él mismo confiesa que a veces sacrifica la precisión en aras de la claridad.

La filosofía se le cuela a don Fernando por las rendijas de la vida cotidiana. Porque, como él mismo afirma, se trata de “estar al tanto”. El hombre que habla de todo, de los temas más dispares, está siempre hablando de lo mismo. Y así, casi sucede que el objeto de análisis, el titular de sus artículos, el título de sus ensayos se queda en una mera percha de la que Vela se sirve para dar rienda a las líneas que tira. Hondas, de profundo calado e incisivo talante crítico en todos los sentidos del término “crítica” –también el kantiano–. Alerta Vela de las pequeñas crisis del mundo que vive para espo-

lear las conciencias sobre una crisis general de la que se siente no sólo testigo, sino también víctima.

Cuando esta recopilación fue presentada hace ya algunos meses en la madrileña Residencia de Estudiantes se quiso explicar la causa del incomprensible olvido que había eclipsado a Vela. La respuesta está en la modestia del personaje, muchas veces oculto tras un seudónimo, siempre discreto y más atento a facilitar partos ajenos que de encumbrar los suyos. Pero ni esa modestia, ni el caminar en la historia bajo el palio de Ortega han conseguido eclipsar la brillantez, el pulso y la tensión de su prosa que han captado la atención de Creus como un imán y que han hecho decir a Fernando Rodríguez Lafuente, actual secretario de la *Revista de Occidente*: “a partir de ahora nadie podrá tener la osadía de ignorar la obra de Fernando Vela”.

Este tomo, presentado también en Llanes, villa que vio morir a Vela durante una partida de ajedrez, y puesto en pie de nuevo el pasado invierno en unas

jornadas en la Universidad de Oviedo, contribuye a rescatar a este singular prosista de la Edad de Plata. Al hombre que no perdió el tiempo estampando su firma o reivindicando autorías, el que debajo de los seudónimos o del anonimato de los editoriales encontraba la satisfacción en su empeño por elevar la cultura, por ayudar a las ideas, por cuidar el tráfico intelectual de su época –aduanero, se ha dicho, de la excelencia intelectual del momento. Reivindicaba a los escritores jóvenes ante Ortega, convirtiéndose en el hombre que filtraba la excelencia y sabiendo que con la *Revista de Occidente* tenían en la mano la brújula de los nuevos tiempos.

Hambriento dejará esta selección de textos de Fernando Vela a quien no conozca al intelectual asturiano. Con la gula de quien relame de nuevo un delicado bocado ya conocido a quien ya haya disfrutado de la prosa del que fue secretario de la *Revista de Occidente* y verdadero hermano intelectual y vital de Ortega, quien le consideraba la mente más clara que había conocido en su vida.